

Mirando a Nacho López

José Edgardo Cruz Figueroa

BIOGRAPHICAL NOTE: José Edgardo Cruz Figueroa was born in Old San Juan, Puerto Rico, and grew up in the neighborhoods of El Fanguito and Barrio Obrero in Santurce. He has a Master's in Latin American Studies with a concentration in literature from Queens College, CUNY and a Ph.D. in political science from the Graduate Center, CUNY. His academic work has been published by Temple University Press, Lexington Books, and Centro Press and in various academic journals. His creative work has been published in the journals *Confluencia*, *Sargasso*, *80grados*, *Cruce*, and the *Latin American Literary Review*.

Para encontrar la embajada mexicana tuve que recurrir a la ayuda de Google Maps. Odiaba caminar por la calle mirando la pantalla de mi celular pero eso era preferible a usar un mapa de papel. El resultado era el mismo: te revelabas como turista pero al menos el celular era menos conspicuo y no tenías que luchar con el aleteo del mapa según el ritmo y la fuerza del viento.

Esa tarde el clima en Madrid estaba cálido pero no opresivo a pesar de que estábamos en julio. La embajada mexicana estaba en un edificio de arquitectura sencilla, indistinguible de los edificios adyacentes excepto por la bandera que flotaba sobre la puerta. La placa al lado de la entrada decía "Embajada de México" y al otro lado había una nota tallada en formica que decía "Favor tocar el timbre para entrar." Cuando me preguntaron, yo me identifiqué como amigo del agregado cultural de México en España y me dieron acceso al edificio de inmediato, aunque pude haber mentido y en realidad a Jorge no lo conocía de Adán. *Eso es un fallo de la seguridad*, pensé sin preocuparme.

Afuera no hacía tanto calor pero aún así fue un alivio entrar al edificio aclimatado. La verdad es que adentro estaba tan frío como una sala de operaciones. Al entrar sentí que la piel se me pasmaba gracias al cambio de temperatura tan repentino y drástico. Eso fue sólo una sensación y encima temporera por lo cual no podía quejarme. Aparte del empleado que me abrió la puerta, en el edificio no había nadie así que tampoco tenía audiencia para comentarios. El empleado me dijo que Jorge no estaba pues andaba un poco enfermo. Yo quise decirle que le dijera a él que lo sentía, que le mandaba saludos y que le deseaba que se mejorara pero no dije nada, convencido de que el empleado iba a decir que sí, se lo comunico, pero en realidad no iba a hacer nada. Entonces para qué molestarme.

Esa era mi actitud para muchas cosas, todas insignificantes. Para qué ponerme las camisetas al derecho si debajo de la camisa no las veía nadie. Para qué cepillarme los dientes y bañarme todos los días si por períodos de tiempo prolongados no entraba en contacto con ningún otro ser humano. ¿Valía la pena asegurarme que no me ponía una media gris y otra negra? ¿Era absolutamente

necesario echarle la leche al café en vez de todo lo contrario? Como nadie nunca me visitaba, no tenía sentido bajar el asiento del inodoro después de usarlo. De hecho, la práctica más ecológica en condiciones de soledad era bajar el inodoro sólo una vez a la semana: menos uso de agua. No, no hacía falta que le dijera nada al empleado, especialmente si en el transcurso del malestar de Jorge mis buenos deseos no iban a tener ningún impacto.

En ese estado de ánimo me dispuse a mirar la exhibición de Nacho López que la directora de eventos de la embajada había organizado. ¿Para qué había ido si yo de López no sabía nada y la fotografía realmente no me interesaba? Había ido para quedar bien con Jorge. El día antes me había excusado después del acto de apertura de la exhibición prometiéndole que volvería para ver las fotos con calma. Total para nada. Ahora él no se iba a enterar que yo había estado a menos que la próxima vez que lo viera se lo mencionara.

La exhibición era una colección de fotos de gente, calles, establecimientos y escenas urbanas que según la organizadora representaban al país. En el panel de la tarde de apertura de la exhibición, un comentarista me dejó confundido al referirse a Tina Modotti, que había influido a López, pues en vez de mantenerse enfocado en las cualidades de su fotografía y su conexión con él se puso a decir cosas de su apariencia culminando con un comentario soez sobre su coño. ¿Qué tenía que ver eso con Nacho López? Cuando el moderador mencionó que Monica Bellucci iba a hacer el papel de Modotti en una serie de televisión, el comentarista dijo alarmado "¡Imposible, Modotti era feísima!" Yo me quedé asombrado y una señora en una de las filas de enfrente se volteó para mirar en mi dirección con los ojos grandes y las cejas arqueadas. El moderador y el resto de los panelistas, todos hombres, se miraron riéndose con beneplácito, muy satisfechos con esa declaración que a mí me pareció una chorrada.

En eso pensaba al otro día cuando vi la primera foto. Era de un águila posada en el tope de un edificio, con las alas semi-extendidas como si estuviera a punto de atacar al signo de Pepsi-Cola más abajo. Es la nueva serpiente que acecha a los mexicanos, me dije

en silencio. Yo quise saber si alguien alguna vez había detectado ese simbolismo al ver esa foto. Todavía pensando en los panelistas del día anterior me sentí defraudado por lo poco que había aprendido de ellos escuchando su crítica. Ellos parecían tener más interés en sus propias ideas (y uno de ellos en la apariencia y el coño de la Modotti) que en lo que las fotos de López les mostraba. A veces los críticos hablan nada más que consigo mismos.

En otra foto se notaba un aparente desafío de una congregación de hombres y mujeres justo al lado de un rótulo que decía "Prohibido estacionarse en esta calle." Pero ahí mismo estaban ellos, "estacionados," haciéndolo a su manera, de pie, mirando directamente a la cámara, sonrientes algunos, con un hombre posando en lo que parecía un acto de despliegue de hombría o quizás aspaviento, con sus manos en la cintura y una ceja arqueada, silente y con una media sonrisa que lo decía todo: aquí estoy y de aquí no me sacan.

Noté el absurdo de la imagen de un policía dirigiendo el tráfico, parado sobre un estante que ordenaba "respete las señales," mientras que la flecha en el poste que le servía de referencia apuntaba en la dirección contraria a la que iban los autos en la imagen. La flecha, situada perpendicular a los carros en marcha, parecía estar a punto de estrellarse contra un carro.

Los panelistas la tarde anterior habían insistido que el título de la exhibición, "Nacho López, fotógrafo de México," era apropiado pues él era uno de muchos y aunque sus fotos eran especiales, dijeron los panelistas, López no se podía catalogar como *el* fotógrafo de México. Como buenos académicos, los panelistas se regodearon en esa distinción con gran satisfacción, orgullosos de evaluar a López con criterios muy finos, reflejos de su percepción aguda y su juicio sofisticado. Si les hubiese podido leer la mente en ese momento de seguro que en esa pizarra de neuronas habría encontrado escrita la frase ¡Ahuevo putos!

¿Pero por qué fotógrafo *de* México, en vez de fotógrafo mexicano? Esa fue mi pregunta al mirar imágenes de gente tomando sopa, chicos abordando una güagüa, chicos jugando en el borde de un techo, otros entrándose a los puños o quemando basura en la calle, un barrendero en una calle solitaria con el símbolo de la BF Goodrich presidiendo sobre la calle desde el tope de un edificio muy alto.

Las fotos de López eran de espacios vacíos, inmensos, o llenos de gente y tráfico, de hombres con los pantalones caídos sentados en un inodoro obviamente cagando. A mí me gustó mucho la imagen del rótulo (una representación doble) de un vendedor de pulque que decía que el suyo era "bueno, no agua para los bueyes," superimpuesta a otra imagen, la de una mujer mostrando sus nalgas. Y así, el recorrido de López iba de mujeres pobres tomando leche en la calle, a mujeres pudientes exhibiendo sus rizos blancos y comprando zapatos, para luego pasar a un destituido leyendo una página rota y estrujada. De ahí uno se transportaba con él al Teatro Follies Berseré en el año de 1952 con sus madonnas semi-desnudas para de repente ver una foto del ojo de una mujer bajo

examen ocular que me puso a la expectativa de que en cualquier momento se aparecía Buñuel con su cuchilla para cortarle el ojo en dos pedazos. ¿Eso era México?

La colección adquirió una aura magistral con la serie "La Venus se fue de juerga por los barrios bajos." Esas fotos había que mirarlas en sucesión como si uno mismo estuviera en la escena observando la trayectoria del hombre que carga a la Venus. El recorrido del hombre en sí era una historia, como un episodio en una telenovela. Cada foto era un momento, cada una provocando una reflexión que para mí fue el recuento breve de un enamoramiento, de su ilusión, de los deseos que suscita el amor, de las aspiraciones que se cuecen en su caldo y que culminan en un sabor de profundo desencanto. Si eso era México, yo era mexicano.

La tarea del hombre era llevar a un maniquí desnudo desde el taller donde había sido creado hasta la casa de modas Aurora, donde desde la vitrina en la que la Venus termina encerrada, como una puta de Amsterdam a la vista de todos en su jaula de cristal, sigue siendo la inspiración y el tormento del hombre que la llevó allí, su eterno enamorado. Yo estaba seguro que en los hechos, después de mirar a la Venus en la vitrina, el hombre tenía que haberse retirado: de vuelta al taller, a su casa, o a un bar cercano, satisfecho de haber cumplido su encomienda y quizás sintiendo excitación al recordar las expresiones de asombro de la gente de la calle que le vieron cargando con un maniquí con las tetas (sin pezones) y el coño (lampiño) por fuera. Pero la fotografía es engañosa y como lo que quedaba fijo era su imagen frente a la vitrina, yo no podía evitar pensar al hombre mirando y deseando a su Venus por siempre, de espaldas a la cámara para que nadie lo viera llorar.

Quizás como los críticos yo veía en las fotos algo que no estaba en ellas. Dicen que cada cual escribe sobre lo que le preocupa y quizás es igual con la fotografía, tanto al tomarlas como al mirarlas. ¿Me miraba yo a mí mismo en aquellas imágenes? Me imaginaba que el sufrimiento de sus personajes era grande. En el trayecto de la Venus había mucha mugre, mucha miseria y terminó con tres imágenes claves: la de la sonrisa amplia de una niña mellada, que en su boca desplegaba el devenir del tiempo que todo lo quita y todo lo repone; la de la mirada asombrada y curiosa de un niño mirando a la cámara como si fuese la entrada a otro mundo del que él quisiera ser parte y la de la mirada soslayada de un comensal en un bar contemplando con agrado un chupito de tequila? mezcal? que quizás era la cumbre de una jornada, el cierre de su día o del mío propio después de mirar las fotos de Nacho López en Madrid hace tantos años.

Para mí fue un día común y corriente o quizás excepcional, un día que le dio paso al comienzo de otro donde la belleza era capaz de surgir de la miseria más abyecta o del recuerdo de un amor tóxico y venerado. Esa era, a fin de cuentas, mi lectura especial de un grupo de fotos extraordinarias.

Al salir de la embajada yo no iba de camino a la Aurora. Conmigo no venía nadie. Mi presencia no era objeto de miradas curiosas. En la calle no había nadie organizando el tráfico. Nunca

vi a una mujer con las nalgas por fuera y nadie me interrogó con su mirada. Pensaba que al final del día debía darme un buen trago. ¿Había alguien en la calle, imperceptible para mí, grabando mis pasos, mi recorrido solitario en busca de la Venus que había dejado atrás y que ahora añoraba? Sabrá Dios si de aquí a diez o veinte años termino como un personaje en una foto que otro mirará también pensando en su amada.

Ahora iba a necesitar de nuevo el mapa de Google para llegar a mi casa. En la oscuridad se me hacía más difícil recrear mis pasos. Según caminaba, de vez en cuando alejaba la vista del celular buscando un bar. Quise encontrarme con alguien conocido sin haber hecho un plan. Después escribí una reseña de la exhibición y se la mostré a mi amiga Iliana para que me la comentara.

Titulé la reseña "Mi viaje con la Venus de la Aurora." En el viaje, primero tuve que cruzar una vía de tren abandonada, tal y como lo hacía cuando niño caminando de la Matienzo Cintrón hasta la Sagrado Corazón en la Parada 26. Bajando por la Sagrado hacia el centro del Fanguito, me paré en el colmado de Don Andrés, el papá de Carmelo, quien después de graduarse de ingeniero del Colegio de Mayagüez de la IUPI se había casado con mi tía Palmira. Don Andrés tenía una mesa de billar en el colmado y ahí, mientras bebían y escuchaban a Felipe Rodríguez en la vellonera, se juntaban los hombres a jugar hasta las tantas cuando Don Andrés les decía ya está bueno que tengo que cerrar. En el colmado no habían fotos. El decorado eran los anuncios de lata que la Coca-Cola y la Shell le daba a los comerciantes. En el colmado de Don Andrés también había un rótulo de lata de las bujías Champion, que lucía incongruente pero a nadie le importaba. En el colmado le presenté la Venus a los hombres que en ese momento jugaban, entre los que se encontraba mi papá

preparándose para romper la formación de las bolas poniéndole tiza a su taco. Mi papá miró a la Venus con indiferencia en un intento vano de disimular su hábito de irsele detrás con la mirada a cuanta mujer hermosa pasaba frente a él dondequiera que estaba. Cuando salí del colmado, escuché el estrépito del choque del mingo con las bolas y miré hacia atrás momentáneamente como para reconocer que no estaba sordo, que había oído el ruido de las bolas chocando unas contra otras. Al llegar a la casa de mi abuela puse a la Venus debajo de la casa alzada en zocos pues estaba desnuda y eso a mi abuela no le habría gustado. En la cocina, mi abuela me recibió con una gran sonrisa y de ahí yo me fui a uno de los cuartos para escribir la reseña de mi viaje.

Está muy bien lo que escribes, me dijo Iliana, pero ahí no hay nada que tenga que ver con México o con mirar las fotos de Nacho López. Me luce que las fotos de la exhibición te dieron pie para reconstruir lo que viste pensando en una experiencia distinta y quizás lejana. No sé si escribes sobre las fotos, sobre la experiencia de mirar el trabajo de López o sobre una experiencia tuya que viste reflejada en "La Venus se fue de juerga por los barrios bajos." Ahora me pregunto qué fue lo que viste ese día en la embajada de México en España.

Yo no le dije nada. Esbozé una sonrisa que era una mezcla de mueca y perplejidad. Con un poco de desasosiego pensé que a lo mejor me había convertido en crítico de arte. Mi reseña podía haber sido tanto la crónica de una experiencia como un comentario abstracto. Dónde terminaba uno y comenzaba el otro no me quedaba claro. Iliana lleva ya tiempo tratando de que yo le diga algo definitivo y hasta el día de hoy no le he podido contestar.